

LUIS VÉLEZ DE GUEVARA

*DON PEDRO MIAGO*

Edición crítica y anotada

de

WILLIAM R. MANSON y C. GEORGE PEALE

Estudio introductorio

de

C. GEORGE PEALE



Juan de la Cuesta  
Newark, Delaware

## ÍNDICE

Nota preliminar .....	7
Abreviaturas .....	II
Estudio introductorio, de C. GEORGE PEALE .....	15
<i>Los textos de Don Pedro Miago y su transmisión</i> .....	22
Don Pedro Miago, <i>comedia coyuntural</i> .....	33
<i>Autoría, fecha, textogenética—Don Pedro Miago y Vélez de Guevara vis-à-vis Góngora</i> .....	40
<i>Textogenética—Vélez vis-à-vis Vélez</i> .....	48
<i>Textogenética—Vélez vis-à-vis Lope</i> .....	70
<i>Versificación</i> .....	89
Criterios de edición, de WILLIAM R. MANSON y C. GEORGE PEALE .....	93
Bibliografía .....	97
<i>Don Pedro Miago</i> , de LUIS VÉLEZ DE GUEVARA .....	III
Acto Primero .....	113
Acto Segundo .....	143
Acto Tercero .....	173
Notas.....	205
Índice de voces comentadas .....	243

## ACTO PRIMERO

El primer cuadro del drama (vv. 1–172) tiene lugar en los campos de Valladolid. El rey Alfonso VI, separado de su partida de caza, se encuentra con doña Toda, que también está sola, y fiel a su estereotipo, queda prendado de su hermosura. Intenta seducirla, pero doña Toda, mostrándose arrogante y altiva, rechaza los impetuosos avances con elocuencia, con aplomo y con un venablo. Cuando el Rey revela su identidad, la etiqueta cortesana se impone sobre los instintos. Doña Toda sabe portarse con humildad ante el soberano, pidiéndole perdón y deseándole mil parabienes por su futura boda con la infanta de Sevilla. Al momento que la bella cazadora se despide del Rey, sale don García, cuyo lenguaje de coloridos tintes gongorinos refleja su papel de caballero cortesano. Alfonso, al describirle su encuentro con la dama, sus gracias y su belleza, despierta los celos de don García, que está enamorado de doña Toda.

Los conflictos del primer cuadro se plantean en reconcentrados términos personales. En cambio, la exposición del cuadro segundo (vv. 173–614) es panorámica. Es decir, el carácter de los personajes y la problemática de su situación se perfilan, por una parte, ante el trasfondo ambiental —el paisaje y el folclor— del local vallesolitano, y por otra, ante el trasfondo de la historia del pasado así como del porvenir. Se inicia cuando Ortún, un caballero de la compañía real, llega corriendo y le cuenta al Rey que los cazadores están en la boca de una cueva adonde otro caballero, don Jimén, se ha metido persiguiendo a un oso. Con arrojo don García intenta penetrar el recinto para rescatar a su amigo, pero es repelido misteriosamente por un relámpago de fuego. Alfonso decide entrar en la cueva porque, según él, es la obligación del Rey ayudar a sus vasallos, sobre todo si son nobles. Sigue luego una secuencia muy animada (vv. 231–325) en la que sale bailando y cantando una compañía de villanos, con ellos Berrueco, el criado gracioso del personaje titular. La regocijada escena contiene una nota de tensión dramática, ya que la letrilla expresa la preocupación del vulgo sobre las bodas del Rey con la infanta de Sevilla, porque la futura reina no es cristiana todavía. Cae la noche (v. 291) y los labradores se sientan a solazarse tirando pullas jocosas. Entretanto, don Jimén sale de la cueva y al encontrar a don García le cuenta que ha matado al oso. Los caballeros, atemorizados al darse cuenta de que Alfonso está todavía en la cueva, se acercan a los villanos para preguntarles si han visto salir al Rey. Estos socarronamente aparentan no comprenderlos, haciéndoles el blanco del juego de vestir al soldado. Fastidiado por la broma, don García saca la espada, y el gracioso Berrueco relata que le ha visto entrar a la cueva, pero no salir. Añade que el antro tiene fama de estar encantado, y para ilustrar el punto cuenta algunos acontecimientos misteriosos que han ocurrido en las cercanías (vv. 326–550).

Dentro de la cueva, Alfonso, extraviado, encuentra a Abdelmón, mago, adivino y antiguo rey de Medina, que ha vivido escondido en la caverna por más de veinte años después de haber sido derrotado por El Cid. El diálogo y los cantables de la primera jornada hasta aquí se han desarrollado en metros populares. El encuentro de los reyes (vv. 551–614), en cambio, está enunciado en tercetos, estrofa apropiada para los asuntos graves. Abdelmón cuenta su historia, y luego revela importantes profecías al rey castellano: la conquista final sobre los musulmanes, la muerte prematura de Zaida y los grandes éxitos que se han de realizar por los descendientes de Alfonso y su segunda consorte. Tras sus revelaciones, el moro se despeña, dejándole perplejo y pensativo al rey castellano.

La acción se traslada al medio urbano de Valladolid en el cuadro final del acto, que se desarrolla en dos secuencias. La primera secuencia (vv. 615–734) tiene lugar en el ambiente íntimo de la casa del protagonista, don Pedro Miago, un personaje histórico—(trataré su historicismo más adelante, al comentar la obra como una comedia coyuntural)—, caracterizado por Vélez de Guevara como un octogenario amillonado, de rancio abolengo, inteligente y honrado, que ha servido a la Corona con lealtad, pero manteniéndose alejado de la Corte porque, según él, llegárase al Rey, como acercarse al sol, «es peligrosa osadía»:

[Y]o he vivido hasta este día  
ochenta años, y me he hallado  
bien con no llegar a vista  
de ningún rey, que los reyes  
son como el Sol, [...]  
a cuyos hermosos rayos  
las cosas reciben vida,  
que la dan a sus vasallos  
los rayos de su justicia,  
pero llegárase cerca  
es peligrosa osadía,  
porque hielan, porque abrasan,  
desvanecen y derriban.  
Desde lejos gozar quiero  
sus rayos, que los que fan  
más de sí mismos se atrevan,  
que yo, con aquesta vida,  
vivo seguro y contento,  
sin ambiciosa codicia,  
sin esperanzas ni quejas,  
sin desdenes ni malicias.

(vv. 704–24)

Por su parte, doña Toda está de acuerdo con su padre, y traduce sus valores al plano sentimental, enlazando así los potenciales conflictos sociales y filosóficos

del drama con el caso de honra y el enredo amoroso que se plantearon en la escena inicial:

El mismo peligro pienso  
que tienen las que se fian  
de la ocasión, de la sangre,  
de sus ojos, de sí misma.  
Líbreme el Cielo de amor,  
que si del amor me libra,  
yo me libraré del Sol,  
del Rey y de don García. (vv. 727–34)

La otra secuencia del cuadro final (vv. 735–879) devuelve la acción al ámbito público. El rey Alfonso y su cortejo entran en la ciudad y se detienen enfrente del palacio de don Pedro Miago. El monarca se maravilla de la nobleza, sabiduría, y rectitud del anciano, cuya cordura y resolución se convierten en un sistema de filosofía cortesana, lo cual se subraya repetidamente:

[D]ebe de ser [...] (vv. 773–74)  
filósofo cortesano.

REY. ¿Quién es, Jimén?  
JIMÉN. Un Catón,  
un Diógenes. (vv. 811–12)

JIMÉN. [...] díjome que dijera  
[...]  
que era un hombre que tenía  
en su casa de comer,  
leal, noble, y que no había  
a ninguno menester.  
REY. Segura filosofía. (vv. 818–24)

Admirado del anciano («¡Qué picado y qué envidioso / voy de don Pedro Miago!» vv. 878–79), Alfonso declara su intención de «estimar / su persona y pretender / sus consejos escuchar / y su cordura aprender» (vv. 846–49) y que «nos hemos de ver los dos, / [...] / porque eche de ver que así / su persona estimo yo» (vv. 857–61). Durante el resto de la obra la trama principal girará en torno al eje de la relación entre el rey y el valido renuente, pero siempre leal.